

Sobre el libro MANO EN VUELO de Alicia Kozameh

Mano en vuelo, este primer libro de poesía de Alicia Kozameh, es la captura de una imagen, que concluye siendo una doble captura. Dos voces se miran se preguntan, se responden o -mejor dicho- lo intentan.

Hay un dueto y un montaje escénico.

En la primera parte el testigo, en cuerpo y alma, es la mirada interrogante. Se quiebra en la quebradura de lo nombrado: una mano volada por el aire. La flotación de un desmembramiento,

*la indecencia de una mano mínima puesta
a volar, arrojada en vuelo mudo
prematureo, el sobresalto,
el ultraje.*

La segunda parte es la voz de esa mano, *testigo del testigo*, siendo mirada mira, desprendida de su cuerpo y siendo sólo mano responde sangrante, nos deja en su vuelo con los cuerpos allá abajo, sin manos, en la tierra, bajo los escombros. Simultáneamente en varios sitios geográficos de este mundo alguien dice *No me cierren ni me abran las puertas de un cielo que no veo*

Mano en vuelo es el suceder de una y todas las muertes de la historia. Alicia Kozameh ya se ha elevado de la historia argentina. Su *Mano en vuelo* es todas las manos desmembradas, todos los cuerpos anónimos.

El libro está dedicado “*a la espiga de trigo capaz de elevarse frente a ese mundo salpicado de linfa*”. Aquí encuentro una clave: esta dedicatoria es al ascenso de vida, la contracara de la muerte, la vida que está, a pesar de. Tal como expresa Roberto Retamoso en el prólogo: *A.K. se desliga del peso del referente preciso, del objeto inequívoco que en su vasta obra narrativa a él lo liga.*

Con este poema, liberada entonces de aquella relación histórica narrativa, emerge la escritura poética no referencial de Alicia Kozameh. Se vale de la sustancia narrativa a partir de esta nueva duplicidad en la observación: la del testigo y la del *testigo del testigo*. Una observación -digo- poética a priori, poética desde el acto de quietud, parálisis, estupor, mucha rabia, soledad inconciliable *con los bordes enrojecidos de los huesos*.

Las palabras son sonidos percutidos. La percusión, en el sentido rítmico que es llevado el poema, es recurso de avance, detención y quiebre.

Alicia Kozameh instala la palabra “martilleo”, utiliza el recurso de la repetición para el horror, logra por tanto percutir en la herida, batallar, reiterar la incompreensión, decir la bronca, suspenderse al igual que la mano, confesar la imposibilidad de definir ante qué locura estamos. Logra transformar la palabra en parálisis, a manera de esa quietud sin posible, la observación pasiva del suceso, lo sostiene y lo eleva, vuelve a golpear igual que un baterista se despliega en un solo, sacude, quiebra y continúa a lo largo del poema con secuencias rítmicas de leves variaciones.

Luego vuelve a instalar la misma palabra: “martilleo” pero para recordar la vida, aquella cierta *espiga de trigo capaz de elevarse*. Así dice:

*Y cuánto empecinamiento
qué martilleo compacto instalado en la fibra del músculo
cuánto empecinamiento
el de la fe.*

Aquí nos encontramos con un aspecto del tempo poético: lo que fue percutido adentro, en la mirada y en todos los interrogantes sin respuesta. Y queda aún flotando al finalizar el poema. Porque este desgarró no tiene fin.

La mano dice *Me consumo* -tiempo presente- en el último verso del libro.

Estas percusiones, sonidos y textura del poema, tienen en el adverbio NO la nota más fuerte, NO es el sentimiento, es el lugar interior, NO se reitera una y otra vez porque decir NO para Alicia Kozameh es seguir escribiendo desde su lugar logrado en la literatura. Este poema dice más que todo: NO.

No a las guerras, no a los genocidios, no a las celebraciones asesinas, tácitas en el poema, yo diría: innecesarios nombres, porque el horror es el horror, la mano que escribe: quien lo atestigua.

Confieso que en las primeras lecturas cuando Alicia me envía el poema, me llamó la atención el anonimato geográfico y la explicación de Alicia sobre el suceso disparador: uno de los tantos bombardeos a Irak, entonces vi la universalización y simultaneidad de muertes en el poema. Esta pequeña mano de infante es todas las víctimas de guerras y genocidios.

Alicia SABE adónde quiere ir, no racionaliza el espanto, no está contando un suceso, sino que vuela con la mano y la mirada consciente, porque no puede dejar de mirarla. Cito:

Mientras tanto, te recorro.

Mientras tanto te leo en lo legible:

*tu mínimo pulgar, tu redondeado y mínimo y
escalofriante pulgar...*

Es la mirada que discurre y que la autora llama “testigo”.

El tiempo de ese discurrir es el tiempo del poema y, a la vez, lo excede.

Me detengo pensando en este “tempo”, trato de sostener en mí cada millonésima de segundo que es capturada en esta parálisis de la incompreensión. Alicia, en la voz del testigo y en una búsqueda de saliva para digerir lo mirado, se interroga:

*Y qué hacer, qué debo hacer, con qué red tejida con qué hilos, qué enredo
de sustancias, qué maraña, qué bosque debo interponer
entre tu mano y el pájaro terrestre que la espera
avieso, recostado sobre la orilla del hambre.*

Lo atestiguado es un signo de pregunta sin respuesta posible.

Testigo muerto de rabia, percute una y otra vez desde todos los ángulos de la visión que identifican esa mano:

*¿Cómo puedo evitar el aterrizaje sordo, amortiguado
por la palabra no dicha, por la falta
de historia contada, por la abundancia de suceso
anónimo, nunca enumerado?*

*¿Cómo puedo mantener tu mano en alguna forma eterna
del vuelo, del planeo, cómo la mantengo
suspendida, suspendida en un gesto de saludo eterno*

Hay encuentro y desencuentro, hay acción del pensamiento, hay contradicción lógica, porque lo observado no encierra lógica alguna.

*Ni siquiera el testigo, ni su voz inmutada, ni su voz
malograda por los repetidos vientos del desierto gozarán de la tregua,*

La mano será quien selle el horror, en respuesta al testigo sobre la inutilidad de sus preguntas, definiéndolo como el **también mutilado**

*No recibo señales. No interpreto
la última señal. No suda, mi palma. No respondo. Que responda
el testigo. Que responda el lisiado,
que tanto dice saber. Que tanto sabe. Que ha visto. Que ha complicado
sus propios ojos en demarcar el trayecto,*

Alicia Kozameh nos deja con dos pájaros lisiados, ambas miradas espejadas, las aves mutiladas en este vuelo que es un ascenso y la caída:

No hay muerte, dice la mano, no hay muerte... que esto es la

arena de los tiempos y los tacos como agujas sólo se clavan, se hunden, desaparecen en las blanduras del silencio... no hay más que lo que hubo ni lo que habrá...

*Protéjanse del impacto, que el desamparo
no perdona. Que el abandono
no perdona ni olvida.*

La mano que vuela es la mano que escribe. *Mano en vuelo.*

Con este bellissimo título Alicia Kozameh instala nuevamente la memoria.

Su escritura poética observa, es observada. Un dueto y un montaje escénico -dije al inicio-. Dos espejos que se miran frente a frente y multiplican la imagen del espanto, figura de lo que es y lo que no pudo ser.

Una voz que se *consume* finalmente en lo irreparable.

Disparo de la palabra, es ***silueta desleída, abierta a la tormenta*** de la escritura.

Publicado en La obra crítica de Erna Peiffer, 2014
